

¿Aún esclavos?

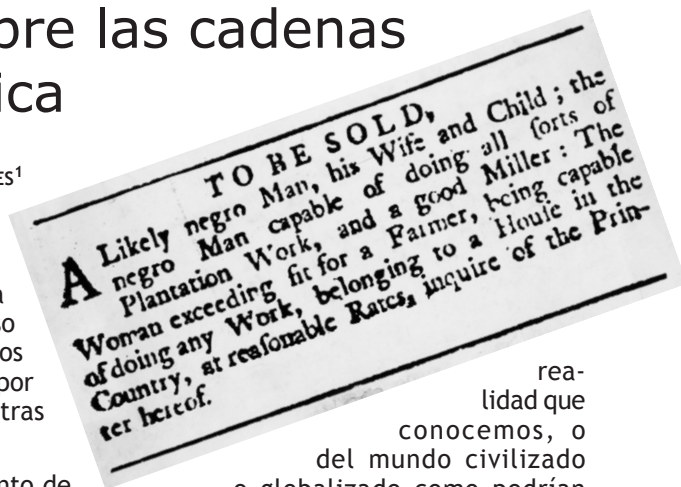
Reflexiones sobre las cadenas en Latinoamérica

RICHARD MILLÁN TORRES¹

Durante décadas nos han vendido la idea que la esclavitud fue abolida en el mundo, que la defensa de los derechos humanos se impuso sobre los opresores, que todos somos sujetos de derechos y deberes, y por tanto, somos autónomos en nuestras decisiones y acciones.

Cada vez nos preguntamos qué tanto de todo esto es cierto. ¿Es tangible, es una realidad? Sentimos que somos libres, pero en medio de un encierro generado por las normas sociales, jurídicas y hasta culturales. No se trata de considerar que la libertad se obtiene a partir de la anomia, tampoco de la anarquía; pero si es necesario tener claro hasta dónde llega todo ese discurso de las libertades sociales sobre las que nos han echado el cuento, pero que por mucho que busquemos, no logramos saberlo.

En un mundo complejo, convulsionado, inestable política y socialmente, indefinido en muchas de sus fronteras y con numerosos mantos oscuros que ocultan las realidades de muchos países llamados subdesarrollados, prefiero quedarme con la idea de que esclavitud fue abolida en la



realidad que conocemos, o del mundo civilizado o globalizado como podrían pensar algunos neoliberales engeñados por las aparentes ventajas del libre comercio y la libre competencia, sin importar los costos que eso represente para la libertad del ser humano.

Los medios de comunicación, que en un comienzo fueron cruciales en ayudar a abrir las brechas de la libertad, convertidos en el perfecto cómplice de las voces acalladas por la colonia y por otros factores que enmudecieron la protesta social y el reclamo de los derechos humanos, juegan hoy un papel determinante entre su función natural y la obediencia a las necesidades comerciales de sus dueños.

No es un secreto que poco o nada hacen los medios por la defensa de las libertades, y poco a poco se enmudecen aquellos que a fuerza de lidia logran mantenerse bajo la sombra de la independencia. Al final de cuentas la resistencia termina siendo el preámbulo para un entierro de quinta, bajo la inevitable sombra de la quiebra financiera o las amenazas de muerte venidas de todas las direcciones.

¹ Licenciado en Ciencias Sociales. Comunicador Social y Periodista. Magister en Educación Docencia. Profesor del Núcleo de Lenguaje Audiovisual del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. richardmillan@umanizales.edu.co

¿O será que los medios, estandarte de la promoción y defensa de las libertades, también cayeron en la esclavitud?

La esclavitud no se limita a los grilletes o al látigo inclemente del amo. Sin embargo, estos elementos representativos del sometimiento han evolucionado y hoy los grilletes los representa la pluma amarrada de los periodistas que deben escribir todo, menos aquello que pueda afectar los intereses del dueño del medio, y el látigo está inmerso en la cancelación de contratos, suspensión de columnas y todo tipo de vejámenes laborales que se mueven entre la pérdida del empleo y la censura. La industria cultural es un fenómeno que está ligado a los intereses económicos de los propietarios y desde allí se hacen las proclamas a favor de los procesos neoliberales de globalización que propenden porque los ricos sean más ricos y los pobres se hundan en la miseria. La clase media se acaba y, a través de pantallas, páginas y parlantes, la sociedad es orientada hacia procesos de sometimiento de sus prácticas sociales, culturales y económicas.

El problema se agrava cuando quienes se autoproclaman defensores de los desfavorecidos, de aquellos que conforman las clases bajas en nuestros países tercermundistas, han decidido emprender una batalla contra los medios, cercenando su campo de acción y sometiéndolos a otros grilletes. Todo ello disfrazado en los planes de un socialismo contemporáneo en el que el poder no es asumido desde las ideas, sino desde las fortalezas económicas.

Cada día se cierran periódicos, emisoras, estaciones de televisión y hasta obligan a los caricaturistas a rectificar una opinión expresada en sus dibujos; un fenómeno que busca acallar las voces contrarias y perpetuar el régimen del silencio conveniente.

Este panorama de esclavitud, en el que solo se puede hacer lo que el poderoso permita, ha generado un enjambre de réplicas en la sociedad, convirtiéndola en autoexcluyente, autocensurada y por ende en una sociedad sometida a lo lineamientos que unos pocos dictan y que no buscan el fomento de las libertades.

Nos debatimos entre la libertad y la seguridad, una y otra son ideas complementarias, pero cuando hay desequilibrio a favor de una de ellas, comienzan a surgir procesos de sometimiento y autoritarismo.

Hay una teoría en comunicación que se denomina *La espiral del silencio*. La traigo a colación por su pertinencia con el tema que nos ocupa. La teoría fue formulada por Elisabeth Noelle-Neumann y en resumen dice que las audiencias o quienes consumen medios, tienden a dejarse llevar por las ideas ajenas en una actitud de aceptación callada de las opiniones de otros, sin que haya una réplica a esas posiciones.

Para quienes entran en este espiral es preferible quedarse callado que entrar a exponer sus puntos de vista, dada la posibilidad de generar controversia o reacciones contrarias. Es un sujeto subsumido, alienado que no confronta y se somete. Nuestra sociedad ha caído en esas espirales del silencio y ya no se pronuncia, no reacciona, prefiere callarse para 'evitar problemas', y eso la está llevando a un sometimiento consciente de sus actos y pensamientos.





Hoy la sociedad se debate entre los gritos que reclaman libertad en todos los rincones del mundo y el asombroso descaro de los organismos internacionales, amanguados con el poder de una y otra latitud, asegurando que la libertad reinante es la mayor de las conquistas de la sociedad moderna.

La modernidad término mancillada, mal entendida y mal usada por muchos. Nace, para nosotros los latinoamericanos, con la llegada de Colón y el desafortunado descubrimiento de estas tierras. En 1492 comenzamos a ser modernos, comenzamos a ser tercermundistas, nos convertimos en el patio trasero de aquella Europa en conflicto, en quiebra y con ínfulas de grandeza.

Ese año entramos a hacer parte del mundo 'conocido', del mundo que ya había dictado sus normas para ser libres y para esclavizar. Nosotros, los *culipelaos* de estas nuevas tierras, solo eramos mano de obra gratuita para llenar las bodegas de las vergantinas y barcos mercantes europeos con las riquezas doradas que hasta entonces solo eran simples adornos pectorales de nuestros ancestros.

Enrique Dussel escribe en su texto 1942. **El encubrimiento del otro:** "La modernidad se originó en las ciudades europeas medievales, libres, centros de enorme creatividad. Pero nació cuando Europa pudo confrontarse con 'el otro' y controlarlo, vencerlo, violentarlo, cuando pudo definirse como un 'ego' descubridor, conquistador, colonizador de la Alteridad constitutiva de la misma Modernidad como concepto correcto, el 'origen' de un 'mito' de violencia sacrificial muy

particular y, al mismo tiempo, un proceso de 'en-cubrimiento' de lo no-europeo" (1994, p. 59).

Fue así como entramos en la modernidad. Fuimos modernos cuando nos descubrieron en libertad y nos esclavizaron. Esclavos de grillete, de látigo, de socavones y de nuevos dioses. Y seguimos siendo esclavos de grilletes en el secuestro inhumano, del látigo dado por las grandes economías que nos someten a sus mas bajos instintos, de los socavones que se siguen profundizando para sacar las riquezas de nuestras tierras alimentando el apetito de las multinacionales que andan legalmente regadas por nuestros territorios, y esclavos de la fe, que a fuerza de miedo, amenazas y hasta de emisarios escondidos tras la norma jurídica, imponen el mandato divino sin consultar la realidad terrenal.

Conocí hace poco a David Dusster, un periodista español, nacido en Barcelona y con un largo recorrido periodístico por países en conflicto a lo largo y ancho del mundo, cuando llegó a mis manos su libro: **Esclavos modernos: las víctimas de la globalización.** Al leerlo descubrí algo que no había percibido a simple vista y es que la esclavitud sigue existiendo, sólo que ha modificado su rostro, su vestimenta y hasta su nombre. Su esencia sigue existiendo tal cual reinó por muchos años en nuestro sometido continente.

Nunca había percibido como esclavitud la forma en que millones de personas trabajan 24 horas en países como China, Brasil, India y Malasia, construyendo pequeñas piezas electrónicas y sofisticados equipos de última tecnología por salarios de hambre, con contratos tramposos y sin alguna garantía laboral que les permita asegurar un futuro decente a sus hijos.

Lo único que tienen garantizado es la explotación total de sus capacidades físicas y mentales. ¿Para qué?, y aquí me

siento culpable, para que podamos, en el mundo ‘civilizado’, disfrutar a precios módicos y ‘competitivos’ de aparatos de última generación, porque así lo manda la globalización y el libre comercio.

Eso es sólo un pequeño ejemplo de lo que la modernidad o el mundo globalizado está generando en países muy pobre: mano de obra barata como única opción para bajar los precios y poder competir entre quienes tienen poder adquisitivo.

Esclavizamos a los más pobres y ocultos miembros de una sociedad global, que se niega a ver esa realidad y vive de espaldas a ella porque de frente hay un mundo colmado de invenciones, tecnología y ‘grandes avances’ que impiden aceptar que estamos matando a medio mundo, para que el otro medio viva libre de angustias y sobrado de comodidades.

La Modernidad trae implícita la emancipación. El sentido emancipador de la razón moderna tiene relación directa con el desarrollo de nuevos instrumentos, estructuras físicas, prácticas culturales, generación de nuevas tecnologías y hasta de nuevas prácticas económicas. Pero, escondido en medio de tanto brillo, está el proceso dominador del otro, la sumisión violenta del menos fuerte, pues al considerarlo menos civilizado, menos ‘moderno’, debe ser conquistado, alienado y corregido, evitando que siga afectando su entorno social.

A nuestra sociedad latinoamericana le hace falta mayor espíritu emancipador, no hay vuelta atrás. Esos nos hace modernos, nos saca de la esclavitud. Pero no basta con romper las cadenas que nos atan a los regímenes intelectuales eurocentristas que nos agobian hace cinco siglos. Para emanciparse es necesario convencerse de eso, ‘creerse el cuento’ como dirían mis estudiantes. No hay posibilidad alguna de safarse de las ataduras si no creemos en

la posibilidad de ser libres. La espiral del silencio debe acabar, hay que buscar en nuestras raíces primarias, incluso en nuestra génesis mestiza, esas razones para no quedarnos callados frente a una realidad que debemos confrontar y frente a la que debemos asumir posiciones.

América Latina nació esclava, pero antes de Colón, Cortés, Vasco Núñez y muchos más europeos ‘modernos’, éramos un pueblo de naciones con tecnología, infraestructura, pensamiento, organización social y ante todo, éramos libres. El sometimiento inicial fue con pólvora, disparos, violencia y terror. Hoy poco ha cambiado. La pólvora, los disparos, la violencia y el terror continúan siendo armas del conquistador y se suman otros factores como la moneda y los medios que pasaron de ser armas del desarrollo, para convertirse en armas del sometimiento.

La emancipación es un proceso ligado a la modernidad, es la posibilidad de dejar atrás una época, una condición o una realidad individual o colectiva. Emanciparse es romper las cadenas invisibles que nos someten a los absolutos. Debemos reconocernos como sujetos de derechos y deberes, como individuos en medio de una colectividad, pero sobre todo, como personas libres con capacidad de opinar, actuar y proponer.

Referencias

- Dusster, D. (2006). Esclavos modernos: las víctimas de la globalización. Barcelona, España: Tendencias.
- Sen, A. (2000). Desarrollo y Libertad. Barcelona, España: Planeta.
- Dussel, E. (1994). 1492. El encubrimiento del otro: hacia el origen del “mito de la modernidad”. La Paz, Bolivia: Plural Editores.